

cosas y no en un incidente personal á Enrique VIII, es que todos los esfuerzos de María, hija suya, en favor de Roma, y cuanta sangre derramó ella por esta, se malograron; que Isabel se atrajo mas particularmente el afecto de los pueblos ingleses por medio de sus desvelos en mantener la separacion de Roma; que los Estuardos fueron arrojados por haberse mostrado muy propensos á reunirse con ella, y que los Ingleses, para fortificar el cisma escudándole con un duplicado interes, confundieron la Iglesia con el Estado, y abrazaron en sus actas *Church and Stat*, la Iglesia y el Estado, dándose mutuo auxilio. El cisma mató á los Estuardos, y los destronó irreparablemente.

CAPITULO VII.

Bosquejo sobre el estado real de la cuestion entre Roma y la América.

De que se trata? de la cosa mayor y mas legitima juntamente, podria decirse mas natural; pero tambien con ella, que inmenso espectáculo llega á llamarnos la atencion? Por una parte, un pontifice dispensador de los medios de un culto que cubre el universo; por otra, un mundo entero que saliendo, por decirlo así, de su recinto, señala su entrada en la vida social adelantándose respetuosamente hácia la silla sobre la que, en otro hemisferio, se eleva el gefe de este culto universal, y que llega á pedirle que le ayude en el pio designio de permanecer unido á este culto, á su sede propia, á él mismo, limitándose á suplicarle que arregle las exi-

gencias de esta concesion, sobre los elementos que entran en la composicion de su nueva existencia. Esto es lo que, á la primera ojeada, un observador descubre en un concordato entre la América y Roma; es tambien lo que se revela por la prodigiosa diferencia que hay entre este acto, y los de la misma naturaleza que los estados de la Europa celebran con esta corte. Entre los concordatos de la Europa y el de la América, hay una distancia igual á la que separa la América de la Europa. Una propiedad particular del ajuste solicitado de Roma, es la de extenderse á un mismo tiempo á todo el continente americano, en vez de que en Europa, cada estado trata particularmente, y por sí solo, como sin participacion de las máximas seguidas por otros estados, mientras que en América, hay conformidad de máximas, de miras y acciones. Méjico ha abierto la carrera, en la que el Perú no puede dejar de seguirle; Buenos Aires, Chile, Colom-

bia, y la república del Centro no se dividirán en máximas ni language. La aplicacion de estas máximas se hará *sobre muchos*, es verdad, pero será *uno* el plan; la América *echará en bronce*, lo que en Europa se hace pieza por pieza; ella será homogénea en sus resoluciones y actos relativos á Roma, como lo es en su orden político; tratará con Roma como con la España, uniforme en religion como en libertad. Si es un admirable espectáculo el que presentan los diversos pueblos de la América que entran todos juntos en la grande familia de las sociedades humanas, no es uno menos pasmoso el de su introduccion simultánea en la familia católica, que ellos vienen á aumentar con tan innumerables individuos. Así la América, bajo el aspecto religioso, conserva con la Europa un vínculo de que ella se eximió para siempre bajo el humano: y habiendo llegado á ser hermana de la Europa en el orden político, quiere serlo tambien en el religioso. Cuando en

toda la Europa , no se trata mas que de tesoros , fortuna , utilidad , ó por mejor decir lucros que deben esperarse de la América , está reservado á la religion que obra en una mas encumbrada region , el reunir ámbos hemisferios por medio de algo mas relevante , de un interes mas noble , exento de las contiendas en que abundan las relaciones meramente materiales , tales como ellas pertenecen á las cosas de acá abajo. Pero por lo mismo ; quantas luces , miramientos y contemplaciones no exige la direccion de unos actos que tocan á tan elevados intereses. Todo es inmenso y nuevo aquí ; ademas , es menester contar con ello , todo será definitivo , é irreparable , si llegan á extraviarse. Esto es lo que es preciso sentar como principio de conducta sobre este particular : no se vuelve por dos veces con un mundo que se malogró ; cuando él no puede componerse con otro , se compone por y para sí solo ; en cuyo caso el encono ocupa el lugar de la

amistad decaida en sus esperanzas. Un órden nuevo no cede facilmente á otro antiguo , especialmente cuando este presenta algunas contingencias de vuelta á la servidumbre abolida ; unas grandes repúblicas entregadas á una libertad fundada y sistemática , no se dejan , manejar ni dirigir por los motivos ni manos que pueden obrar poderosamente sobre las monarquías dinásticas , devocioneras , y á veces abandonadas á unas guias dadas por el favor ó manejos , ó bien ademas , que anhelan , como se vió tantas veces , por los grandes honores de Roma. No se hallará nada de todo esto en América , sino que en su lugar , serán hombres afirmados á un mismo tiempo en los principios religiosos y sociales , indiferentes á las dignidades romanas , queriendo la religion y libertad juntamente , siendo su ánimo el hacerlas caminar de cara , y con ayuda la una de la otra , sin colision , sin mutuo menoscabo como sin sujecion de la una á la otra ; conociendo

sus obligaciones tan bien como sus necesidades, y pidiendo con justicia los medios de satisfacer á unas y otras; porque este es el limite de la ambicion de la América. No inventa ella nuevas doctrinas; el dogma queda fuera de la cuestion, en toda su pureza y latitud; en esto, la América no conoce mas que los homenages y sumision. ¿Que language puede ser mas católico y decoroso que el suyo? Ella dice á Roma: He puesto á la cabeza de todos mis códigos la profesion de mi adhesion á tu culto, dándole no solamente la preferencia, sino tambien la exclusiva dominacion en mi vasto reciato; mis intenciones pues no pueden parecerte dudosas.

Pero un culto cargado de ritos exige una conservacion diaria y facil; cuya conservacion tendria que sufrir mucho con la ley que creara la necesidad de un frecuente recurso á tan lejanos lugares. Mira las distancias que nos separan, y cuantas especies de separaciones puso la naturaleza

entre las regiones en que moras tú y las mias; no juzgues de mi posicion por la de las naciones que te estan inmediatas: que tengo yo que ver con los que viven á tus puertas? Ayúdame en la investigacion de los medios acomodados para consolidar un vínculo que, sin ello, su extension sola expone á una inevitable disolucion. Mira si en todos tus dominios hay alguno que iguale ó sobrepuje al patrimonio con que te doto; quiero guardártele, pero que no sea á costa de incomodidades que se harian intolerables. Asi habla la América; language tan cristiano como respetuoso, tan ilustrado como legitimo, y que reune cuanto puede obrar sobre espíritus razonables y amantes del bien. Que censurar en efecto á unos hombres que se ciñen á decir: Somos católicos romanos; queremos permanecer tales; pero no queremos permanecer con el intolerable gravámen de un continuo recurso á Roma; y para ello, instruidos en las máximas del cato-

licismo, solicitamos de Roma que se una con nosotros para fundar una Iglesia católica americana. Seamos todos hijos de la misma Iglesia; pero que los Americanos lo sean en América, como los Europeos lo son en Europa. El edificio de la Iglesia descansa sobre la piedra, es verdad, pero esta no forma por sí sola todo el edificio. Las proporciones de este pueden variar, no fué siempre una misma su administracion; la vocacion á poblarle, se extiende á todos; el fundador llamó hácia sí al mundo, y el mundo no puede administrarse por uno solo, ni en un punto único. Cuando se estableció esta ley, la tierra casi entera ignoraba la América; esta no se hallaba descubierta mas que á la vista del que lo ve todo, porque lo crió todo. Pero últimamente se alzó el velo que cubria la América; la casualidad de los descubrimientos la dió al culto católico; si otros se hubieran adelantado á la España, quizas la América entera, como la del Norte,

hubiera pertenecido á otros diferentes de Roma. Bendecimos la suerte que nos dotó con el culto que profesamos; nos adherimos á él con firmeza; pero nos adherimos tambien á la facilidad de su ejercicio; queremos hallar en él aquella dulzura que el maestro dijo ser el distintivo de su yugo, y no una esclavitud llena de trabas y perjuicios. Estos son los principios de que parte la América (1); principios reconocidos por la razon, legitimados por la necesidad, verdadera fuente del derecho, y por los intereses reciprocos de la América y Roma. Y no hay que engañarse en esta solemne ocasion. La América procede en virtud de grandes cómputos, por vias amplias y líneas rectas; su posicion no le permite otra cosa; ella se establece, no fortuitamente y pieza por pieza, como hicieron casi todos los estados de la Europa,

(1) La exposicion de ciertas cuestiones basta por sí sola para decidir las.

partos del tiempo, de sucesivos acrecentamientos, de ensayos, de legislaciones irregulares, y ademas, inficionadas con los vicios de un origen bárbaro; en vez de que en América todo está vaciado en un solo molde; separacion de la metrópoli, modo de gobierno, civilizacion, lenguaje, todo ello va enlazado, es semejante y se hace de una vez. De ello resulta una fuerza inmensa por medio de su unidad. En Europa podemos tener que tratar con unos estados discordantes ó enemigos entre si; en América, nos hallamos al frente de una masa homogénea, compacta, en que no se deja descubrir desunion ninguna; un mundo entero piensa, habla y obra como un solo hombre. Esto es cosa enteramente nueva entre los hombres, y no se dejó ver todavía debajo del sol; por lo mismo esto inutiliza y hace inaplicables las antiguas prácticas formadas para un orden de cosas que no tiene que ver nada con este.

Diversas circunstancias particulares de la América llegan á reforzar todavía esta posición: y como no tenerlas en consideracion, supuesto que se trata con ella? La América, hace poco tiempo, era una simple colonia; obedecía, servia á otros, hoy dia forma ella un sinnúmero de estados independientes. No hay para ella ya metrópolis, dueños, ni legisladores extranjeros; en ella todo en adelante vendrá de ella y le será relativo. Pero cuanto mas reciente es la disolucion de sus vínculos con la Europa, tanto mas frescas estan sus señales, y tantos mas recelos debe infundirle cuanto recuerda su memoria, ó puede servir para renovarla. La silla del gefe de la religion, bajo algunos aspectos, la hace todavía de la Europa; en ello hay para la América algo de que estan exentos los estados de la Europa. El fondo del pensamiento de la América, por la naturaleza de las cosas, es el de ser de la Europa lo menos posible; así obran, en política,

los Americanos del norte. Además, la América debe proveer á una existencia definitiva en todas sus partes, y esta necesidad no admite cosa ninguna incompleta ni diferida. La América, y con fundamento, no quiere dejar vacío ninguno en su formación : el que se originara del orden religioso, seria para ella de una naturaleza bien dolorosa, porque este orden domina sobre su enemigo, capital, la España. ¿Quién puede responder á la América que esta no tratará de servirse de este sustentáculo para turbarla? En el tiempo actual, se hace sumo uso de la religion en los estados de la Europa; y este incremento de la acción religiosa es para la América un aviso de duplicar su atención sobre el partido que puede sacarse de esto contra ella. Se presentan aquí poderosas consideraciones, tomadas en el arreglo mismo del culto católico. Es una gran cosa este culto : el fin á que él se refiere es tan precioso, que le hace perdonar sus exigencias y embar-

zos; porque es preciso admitir ciertamente las compensaciones. Desde su fundación, absorbió él la mayor parte de la historia, y una gran parte del suelo mismo en que se ejerce. Dueño de la vida humana, apoderándose del hombre en su cuna, y no soltándole ya mas que á su descenso en el sepulcro, apropiándose una parte de su tiempo, dominando sobre la mesa, y lecho del hombre; imprimiendo un carácter sagrado y exclusivo en la tierra que le costea, marcando con una señal indeleble al ministro que le sirve, y retirándole por decirlo así de la humanidad y sociedad; poseyendo la mejor parte del hombre, el alma, con la facultad de imbuirla con doctrinas, persuasiones, y repugnancias invencibles, ejercido por manos independientes, elevándose por medio de una cadena no interrumpida de grados en grados, hasta la cima sostenida por los homenajes de la tierra; un semejante culto es, *en el orden meramente humano, y con*

respecto á los gobiernos, una cosa de sumo peso, y el resentimiento de esto peso separó de él á infinitos, y les impidió volver otra vez á él. En el hecho, los estados no católicos gozan de una libertad y facilidad en su curso de que estan privados los estados católicos. Por el catolicismo, los estados estan como duplicados; hav un estado en el estado; las demarcaciones reciprocas se ocultaron de toda la sagacidad é indagaciones de los investigadores.

Esta duplicada existencia en un mismo estado suscitó mas contiendas que las que la política causó; porque una casa habitada, sin fijo repartimiento, por dos propietarios independientes, no pudo ser jamas una mansion de paz; por lo mismo reina la confusion aquí todavia, y cada uno se veria muy embarazado para decir puntualmente en donde empieza y acaba su propiedad. Teniendo toda religion por objeto las relaciones del hombre con Dios, y teniendo su patrimonio y origen en el

cielo, es independiente por su naturaleza: el catolicismo, que, entre todos los cultos, es el que dió á estas relaciones mas magestad y mejores definiciones, debe llevar tambien mas adelante que todos los otros cultos, la independenciam de sus ministros. Las manos que abren y cierran los cielos, no pueden estar ligadas en la tierra, ni por sus habitantes. Propietario cada uno de sus ministros de una jurisdiccion invisible é inamovible, es independiente; y la colleccion de estas independencias individuales de un mismo orden, de una misma tendencia y espíritu, forma en el seno de cada Estado una masa compacta de independenciam, que se extiende no solamente á las funciones que se derivan del carácter sagrado, sino tambien á la ocupacion de los puestos poseidos inamoviblemente. Ademas, esta milicia tiene gefes que reciben directamente su mision de una potencia extranquera; y esta goza de la independenciam en supremo grado, porque ella

une el esplendor de la soberanía á la elevación é ilusiones del supremo pontificado de un sacerdocio, raiz de los demas sacerdocios, autoridad que tiene sus leyes privativas, que las establece sola por sí misma, que no da cuenta á ninguno, y que ejerce la vigilancia y protectorado sobre todo el cuerpo. Este es el orden del catolicismo, esta es su accion en los estados que le admiten: la concordancia de las dos potestades fué para ellos una especie de piedra filosofal, en cuya investigacion se fatigaron vanamente. Diversos escritos doctos sobre estas cuestiones sobrecargan los estantes de las bibliotecas, sin haberse sacado gran fruto de ellos hasta aquí. La América católica debe remediar esto, y pasamos á consagrar á ello los siguientes capítulos.

 CAPITULO VIII.

Objeto del concordato de la América; partes contratantes.

El objeto es el ejercicio del culto católico romano en América; las partes son: 1.º una inmensa region, un mundo entero; 2.º el gefe de este culto. Cual es la posicion respectiva de las partes? La una reside en Europa, en el centro de este pais; la otra mas allá de los mares; la vasta cubierta del Océano la circunda y encierra por todas partes. Que pide la América á Roma? Los medios de mantener regular y fácilmente su culto. ¿Es religiosa, justa, y moderada semejante solicitud? Vease..... ¿Existe entre Roma y la América algun punto de contacto, materia, aun posible, de contestacion en el orden temporal, tal como se vió á menudo entre esta corte y los estados europeos; contestaciones politicas